

## **Muertes**

---

Michel Serres

### **E**logio

Sin duda, nos volvimos los hombres que somos por haber aprendido (¿y cómo lo sabremos algún día?) que vamos a morir. Los únicos restos leales de la prehistoria y de la alta Antigüedad, los encontramos en tumbas, osamentas acompañadas de objetos. Los animales no tienen objeto ni muerte [ni muerto]. Este fin temido nos pertenece, pues, propiamente, dos veces: en tanto hombres, en tanto individuos singulares; nos aguarda y nos alcanza en nuestra definición genérica y en nuestra singular soledad.

Pero, al terminar por destruirla, ese fin construye nuestra vida: sin el cadáver rígido que deja, sin el sexo que por mucho tiempo hemos creído implicado en ese fin, sin el tiempo irreversible que él induce ¿hubiéramos pintado algún día los frescos de las cavernas, encendido el fuego, cantado en la orla del lenguaje, danzado para los dioses, observado las estrellas, demostrado los teoremas de la geometría, amado a nuestras parejas, educado a los niños, vivido, en fin, en sociedad? En *La Cité antique*, Fustel de Coulanges demuestra que antes de la era clásica dominaba el culto a los ancestros muertos; las casas tenían por fundaciones las tumbas y las metrópolis comenzaron como necrópolis. En *Statues*<sup>1</sup> intenté generalizar su análisis, limitado al área grecolatina, dándole valor antropológico. A espaldas nuestras, la muerte y las debilidades resultado de su pena engendraron las civilizaciones humanas. Las preguntas: ¿voy hacia la muerte? o ¿me libraré de ella? construyen el sentido.

¿Qué arriesgamos, en adelante, al excluirla de nuestros pensamientos, de nuestros sentidos, de nuestras conductas personales, de nuestros ritos colectivos? ¿El no-sentido, lo no humano? Peor: ¿qué arriesgamos al intentar vivir en riesgo casi nulo, cuando el para quién y el para qué daré yo mi vida, detentan el sentido de ella? Vida y valor no se equivalen: la vida pondera el valor y la medida solamente porque la muerte los guarda en la finitud.

#### *Originalidad de Occidente: sus antigüedades*

Ahora bien, las civilizaciones, como los individuos, y de la misma manera, tan cierta como imprevista, también mueren. Nosotros que asistimos al final de las culturas agrarias aparecidas en el neolítico, a la desaparición de las lenguas antiguas, al asesinato del gusto europeo, a la volatilización súbita de los sistemas

políticos prevista por sus militantes, he ahí en poco, la perennidad, sabemos desde hace tiempo que las civilizaciones son mortales como nosotros. La originalidad de la nuestra consiste en esto: que una Antigüedad la precede y la funda.

La era que tanto festejó su segundo milenio, comenzó, en efecto, sobre las ruinas de Roma, terrestre ciudad [cité] que sus contemporáneos habían creído inmortal. Sí, lo propio de la civilización llamada Occidental proviene de que ella se alza sobre la desaparición, pero al mismo tiempo sobre la retención de la antigua civilización que ella niega. El acontecimiento de la Resurrección, que según san Pablo funda el cristianismo, significa en esta perspectiva que, contrariamente al cuerpo y a la ciudad [cité] antiguos, los nuestros le dan la espalda a la muerte; no solamente los aromas de las santas mujeres y los lienzos plegados en la tumba no servirán ya a la momificación de Cristo, sino que san Agustín, en *La Ciudad de Dios* [cité], texto iniciador de la nueva era, generaliza esta idea: el tiempo de la nueva Ciudad [Ville] comienza a partir del final de la Roma terrestre, muerte que integra la de varias antigüedades: griega, egipcia, latina... drogas de politeísmo.

Mañana, pues, en tres minutos o en algunos años, ignoramos cuándo, moriremos, de enfermedad, de accidente o de fatiga. Tampoco sabemos cuándo se desplomará, quizá sin mucho alboroto, la más grande potencia actual del mundo, obesa de dinero: ¿el año próximo, en seis meses, en cien años? Pero no podemos no haber aprendido que esos dos desgarramientos y esas dos ignorancias fundan nuestros saberes y nuestras prácticas. Si nos olvidamos de nuestras artes ejemplares y de nuestras conductas excelentes, danzaremos mañana delante de nuestras catedrales como los monos chirigoteros de los templos de

<sup>1</sup> Michel Serres, *Statues*, existe versión en español de María Cecilia Gómez y Luis Alfonso Paláu: Michel Serres, *Estatuas*, Medellín, Unal, 1998. (t)

Yucatán y de Angkor, invadidos por la jungla. De esta función dinámica y vital, individual y colectiva, de la muerte, brota el sentido.

### *Tercera y nueva muerte: global*

Hasta una fecha reciente, sufrimos, pues, dos muertes: la que parece la única interesante y original, la nuestra propia o la de tal o cual que amamos; nada más trivial, sin embargo, y comúnmente compartido. Sabíamos incluso que desaparecen culturas enteras: frecuente, común, trivial y ciega como la primera, esta muerte golpea y golpeará de manera también imprevisible.

Pero una tercera, desconocida para el género humano hasta mediados del siglo pasado, exactamente el seis de agosto de 1945, marca una de las dos o tres grandes novedades de la época que se termina, en la cual nos hemos arriesgado incluso a experimentar en dimensión real: la muerte global de la humanidad. En dos mañanas de cólera, en las que dos bombas, concebidas y construidas en Estados Unidos de América, explotaron en Hiroshima y Nagasaki, Japón, mi generación aprendió, la primera en la Historia, que la especie humana arriesgaba de ahora en adelante con extinguirse. ¿Qué pensar de los científicos que no vacilaron, en las siguientes décadas, en dotar a los militares y a los políticos de los países más potentes, pero también a otras naciones, de armas termonucleares cada vez más destructivas? Que la ética o la deontología, que el derecho, que las humanidades que ellos habían aprendido ya no se adaptaban a los medios que ellos procuraban a los poderosos del momento. A partir de la misma fecha, esta constatación ya no cesará: embarazada con su pasado, la filosofía ya no comprende los nuevos dones y ya no proyecta construir la casa de las generaciones futuras. Mientras que técnicos y científicos hacen parir un nuevo mundo, la filosofía piensa como si estuviera en el antiguo. Desde Hiroshima y Nagasaki, había que cambiar de filosofía.

### *Dos modalidades*

Ahora bien, esta muerte global, original y, por ende, auténticamente común, viene a nosotros bajo dos modalidades. La primera, sufrida, puede seguirse de algún acontecimiento azaroso y natural; revisando la formación de nuestra Tierra, encontramos huellas de accidentes de este género, resultado del volcanismo o de los meteoros. Casi todas las especies vivas desaparecieron, en efecto, hace ya 550 millones de años, después 440, 370, 250, 210 y 65 millones de años... muertes globales y casi periódicas cuyo acaecimiento, a cada vez, reorientó la evolución. Inquietud: la distancia que nos separa del último accidente dura mucho más tiempo que uno de los precedentes. Nuevamente, nacimos de esas muertes que no dependían de nosotros.

La segunda modalidad, de alguna manera deseada, podría resultar de acciones que, por el contrario, dependen realmente de nosotros. La muerte colectiva que nos habita se declina entonces al menos tres veces: primero, por nuestra potencia de fuego nuclear, si hacemos la guerra. Segundo, por nuestras poluciones industriales, en plena paz; tememos y aceleramos transformaciones globales y, en particular, la desaparición de ciertas especies, sin saber hasta dónde se extenderán esos cambios o erradicaciones. Por último, por nuestra crueldad hacia nuestro propio género, el tercero y el cuarto mundos. Frente a estas tres responsabilidades ¿cómo reorientar nuestras empresas y quizá nuestro tiempo?

### *La nueva y cuarta muerte: local*

Después de Hiroshima, el terror atómico, colectivo, global, que amenaza al género humano, se eleva por encima de las muertes personal y cultural, tragedias comunes lloradas por las Humanidades tradicionales. Entrevimos, posteriormente, la erradicación posible de las especies, anunciadora de nuestra posible soledad, por último el asesinato de nuestros propios hermanos.

A esto se añade, esta misma mañana, una extraña y cuarta muerte, cifrada: pues una señal ínfima decide el suicido elemental de la célula primero, de una función después y, por último, del organismo. Los científicos la llaman apoptosis<sup>2</sup>, del nombre que los griegos daban a la caída de las hojas en otoño. ¿Al descifrar este llamado dominaremos la muerte? ¿Quién puede preverlo? Pues descubrimos al mismo tiempo un equilibrio inestable entre la muerte directa, inducida por esta señal, y la indirecta, en la que las células cancerosas proliferan irremisiblemente porque sordas, al llamado de la apoptosis, rehúsan autodestruirse; por este tumor, el organismo muere de vida. He aquí, de nuevo, el doble valor de la comunicación, común a todas las mensajerías: como la lengua en el fabulista Esopo, todo canal destruye el cuerpo pero lo construye, tanto esculpiendo el embrión y eliminando las células superfluas. Como las precedentes, ella induce, pues, dos valores: negativo y positivo, deletéreo y bautismal. Esta cuarta muerte anuncia la unidad profunda de un libro que intenta evaluar el alcance de las mutaciones actuales, por las cuales se bifurcan el cuerpo y las comunicaciones. La apoptosis las toca todas y las reúne, pues ella destruye y construye al organismo mediante señales. Aunque perturbadora y propiamente contemporánea, esta muerte celular y mensajera se nos presenta dotada del mismo sentido que las otras. Ella nos hace desaparecer, cierto, pero modela nuestra formación, nuestros músculos y nuestros nervios, determina pues nuestras cualidades sensitivas y motrices, en resumen,

nos mata pero inventa también nuestra vida, mucho más concretamente que las otras.

Cantadas por las artes, meditadas por los religiosos y los filósofos, las dos muertes tradicionales golpean los cuerpos individuales y los grupos locales. Las dos nuevas enmarcan las dos primeras: por simetría. La una en globalidad: género humano, especies vivas, planeta entero. La otra, en lo ínfimo de la célula elemental y de las señales menudas que la constituyen. Ya no vivimos las mismas muertes que sufrimos desde nuestro origen, al punto que dominaremos quizá las nuevas. ¿Existe acontecimiento más decisivo que este último, en el proceso que hizo de nosotros los hombres que somos? Sin duda, demasiado preocupada de cultura, la filosofía se calló en los momentos próximos a esos dos acontecimientos que empujan lo que queda de naturaleza, desde su nacimiento microscópico hasta su totalidad. Otras muertes, tiempo imprevisto, nueva humanidad.

Individuales o colectivas, elementales o globales, voluntarias o involuntarias, estas cuatro muertes muestran, pues, juntas, un equilibrio sutil e indefinidamente lanzado hasta el coronamiento entre una potencia de emergencia vital y otra que talla y suprime. Una vez más, no podemos pensar la vida, y el hombre en particular, sin la muerte, ni podemos pensar la absurdidad de la segunda sin darle sentido a la primera. La energía que preside la formación de la una actúa de consuno con la otra. Esta pareja trabaja en la inducción del tiempo. Gracias al oxígeno, respiro, y su óxido me destruye. Lo que me mata me conforta.

<sup>2</sup>. Apoptosis o muerte celular: en organismos pluricelulares se llama así al programa de 'suicidio' estrictamente regulado que lleva a la célula a darse muerte como respuesta a un conjunto de señales diversas, como lesiones físicas y genéticas, privación de oxígeno o nutrientes, pérdida de contacto con las células vecinas o infección por virus. La muerte celular se produce continuamente en muchos tejidos de nuestro organismo y constituye un aspecto esencial para su desarrollo, mantenimiento y reparación. La muerte celular apoptótica es muy rápida, y por lo general termina en menos de una hora. Durante la apoptosis, la célula se contrae y la membrana superficial adquiere un aspecto bulloso característico, con formación de ampollas y vesículas rotas. La cromatina, el material genético del núcleo, se condensa y las enzimas llamadas nucleasas escinden el ADN celular. Por último, toda la célula se disgrega en fragmentos apoptóticos envueltos en membrana que son rápidamente 'devorados' por las células vecinas mediante fagocitosis. Por tanto, la apoptosis es una forma eficaz de destruir células no deseadas o dañadas y de preparar los restos para su eliminación rápida. (*Enciclopedia Encarta*, 2002) (t).



*Dos excepciones aparentes, una sola real*

Global y sin retorno ¿la erradicación de las especies vivas bajo nuestra responsabilidad hace una primera excepción a esta tensión optimista? ¿Qué ganaríamos con quedarnos solos en el mundo? Pero no sabemos realmente definir esta desaparición, pues descubrimos todavía y siempre especies, sobre todo de insectos, de artrópodos y de unicelulares... y evaluamos mal las que quedan por inventariar. Además, en el momento en que se evoca esta erradicación, comenzamos a descifrar la biblioteca de los genes destruidos y a soñar con reconstituir las especies o incluso inventar otras. La mezcla de nuestro saber excelente con nuestra extrema violencia yace decididamente en una insondable profundidad.

La segunda excepción aprieta desde hace mucho tiempo nuestras gargantas con una inexpresable angustia. No conozco vertiente optimista de esta abominación: que los ricos de Occidente, de manera contingente mis hermanos, dejen morir más de tres cuartos de la humanidad, convertidos por este hecho en mis hermanos esenciales. ¿A quién nombro yo mi prójimo? A aquél que está en riesgo de muerte precoz, sobre todo bajo nuestra responsabilidad. Es cierto, otro hombre nace hoy, pero en medio de cadáveres decididos por un crimen contra la humanidad, global y consciente. De la anulación de este negativo y de ella solamente, este nacimiento advendrá. Falsos dioses, nos volveremos hombres solamente aboliendo la pena de muerte pronunciada contra los mortales, los únicos que permanecerán hombres en el sentido esencial.

*Vida y espíritu: dos antiguas inmortalidades*

Ahora bien, nuestros ancestros ya inventaron dos repuestas a las dos primeras muertes. Los

que no limitaron sus esfuerzos en amaestrar, amansar o domar ciertos animales, sino que lograron domesticar otros, dominaron, más que su cuerpo, su linaje. En efecto, desde los comienzos de la ganadería, jamás se ha visto carnero, vaca ni toro volver a los bosques, a la vida salvaje, olvidando nuestras lecciones. Morirían. El primero que, teniendo un terreno cerrado, pensó en decir “esto es mío”, inventó ganadería y agricultura, cuyos practicantes saben, mejor que los filósofos, que las especies florales y bestiales domésticas se vuelven frágiles, al punto que hay que defenderlas, al menos por medio del encierro, de las agresiones de las especies salvajes, más potentes que ellas. Esta condición, definitoria por ella misma de la rusticidad, es necesaria para que plantas y bestias prosperen y se reproduzcan indefinidamente. *Détachement*<sup>3</sup> pronuncia el elogio de estos ancestros geniales de nombres borrados, yendo hasta decir que ellos inventaron la inmortalidad. De hecho, aunque ya no sepamos de dónde vino el trigo, jamás lo hemos perdido; él, los bueyes y las ovejas nos suministran la comida, sin laguna desde ese descubrimiento sin dificultad reencontrado por cada generación.

Conocemos poco de historia, porque incluso nuestros niños se equivocan locamente sobre las guerras que hemos sufrido en nuestra juventud; perdemos el recuerdo de los dioses, de los reyes, de las batallas, de las costumbres, de los trabajos y los días, sólo conservamos, seguros y estables, los linajes antaño sujetos a la domesticación y las matemáticas sometidas a demostración. La historia verídica habita el campesinado y las ciencias rigurosas, raros lugares en los que genios sublimes inventaron este tipo de inmortalidad; como viento, carne y hierba, el resto se reduce a harapos de olvido y de mentira. En compañía de los dichos de Pitágoras, gallinetas y forraje acompañan

<sup>3</sup>. Existe versión en español de Luis Alfonso Paláu: Michel Serres. Desapego. Medellín, Unal, 1999. (t)

nuestro tiempo con su invariancia fiel por variaciones o selecciones.

### ¿Una nueva inmortalidad?

Entre 1970 y 1980, entre *La Thanatocratie*, cuyos acentos patéticos anunciaban el advenimiento de una nueva muerte, aquella global, del género humano, bajo el resplandor de las bombas nucleares, y *Détachement* que cantaba la descendencia estable de las especies domésticas que heredamos, bioquímicos manipularon el genoma y transformaron la ganadería y la agricultura: ¿vamos hacia un segundo tipo de “inmortalidad”?

La evolución resulta de las selecciones y mutaciones. Darwin sacó las primeras de las prácticas agrarias y dio cuenta así de los sobrevivientes, a veces cruzados, más aptos siempre; mutar crea novedades. Así, por mutación, aparece lo nuevo, de lo que subsiste, por selección, lo mejor adaptado. Ahora bien, hoy sabemos que cuerpos, especies, linajes aparecen cuando su genoma se transforma; hace falta ahí azar y tiempo. Sin duda, la historia humana ni siquiera habría comenzado, si condiciones contingentes no hubieran hecho bifurcar ligeramente nuestro genoma y si no hubiéramos pesado, ulteriormente, sobre la evolución de los vivientes que nos rodean.

Cuando esos antepasados o antepasadas geniales “inventaron” la oveja o el maíz a partir del teosintle<sup>4</sup>, imitaron a la naturaleza al seleccionar esas especies, por cruzamiento, por eliminación y fabricaron entonces organismos

fenotípicamente modificados (OFM), nombre posible de las especies domésticas. Pero ellos no podían actuar sobre sus eventuales mutaciones, ocultas en las profundidades diminutas de sus células germinales. Al acceder a los genes y manipularlos, intervenimos en la mutación, minimizamos el azar, aceleramos el tiempo e inventamos OGM (organismos genéticamente modificados) y, quizá, especies; he aquí el retorno de la “inmortalidad”, puesto que este nuevo genoma se transmitirá sin falla. Al dominar la selección, esos ancestros contribuyeron a la originalidad histórica del tiempo humano; ¿al dominar la mutación, abrimos una duración conectada a la de la evolución? ¿Nuevo tiempo para otras vidas?

### La evolución reconectada a la historia

Mejor, por selecciones variadas, la duración conservó el trigo o el perro relativamente invariantes: misma especie bajo aspectos variados. De cierta manera, escandir acompasar el tiempo por sus variaciones. ¡Cuán deliciosos se volverían nuestros ejercicios de memoria si enseñáramos a los niños la época del maíz o la del carnero, dividida en eras nombradas por sus diversas variedades! En esos tiempos, diríamos, aparecieron la cereza gordal, la pera mantequillada Hardy o la doynenné du comice<sup>5</sup>. Pradial y Floreal, Mesidor, Fructidor<sup>6</sup> del calendario revolucionario francés se aproximaron mucho de estos anuncios exquisitos, lejos de los crímenes de Julio y de la tiranía de Augusto, que los hambrientos de

<sup>4</sup>. Se cree que el teosintle es la planta silvestre antecesora evolutiva del maíz que se cultiva en Mesoamérica desde hace unos cinco mil años (t).

<sup>5</sup>. Doynenné du comice: (1640) *Poire de doynenné*: variedad de pera muy fundente; ej. *La doynenné du comice* (Comice: (1760): reunión, asamblea de los cultivadores de una región que se proponen trabajar en el perfeccionamiento, en el desarrollo de la agricultura. *Comice agricole, horticole* (con frecuencia en plural). *La scène des comices, dans «Madame Bovary».* ) *Petit Robert*, 1996 (t).

<sup>6</sup>. Calendario de la Revolución francesa: el año quedaba dividido en 12 meses, de 30 días cada uno, y subdivididos en tres períodos de 10 días conocidos como décadas; el último día de cada década era de descanso. Los cinco días que quedaban al final del año (del 17 al 21 de septiembre en el calendario gregoriano) eran considerados fiesta nacional. El primer año bajo el nuevo sistema se conoció como *An I* (año I), el segundo como *An II*, y así sucesivamente. Se asignaron tres meses a cada estación; los meses de otoño se llamaron *Vendimiaro* (mes de la vendimia), *Brumario* (mes de la niebla) y *Frimario* (mes del hielo); los meses de invierno, *Nivoso* (mes de la nieve), *Pluvioso* (mes de la lluvia) y *Ventoso* (mes del viento); los meses de primavera, *Germinal* (mes de las semillas), *Floreal* (mes de las flores) y *Pradial* (mes de los prados), y los meses de verano, *Mesidor* (mes de la cosecha), *Termidor* (mes del calor) y *Fructidor* (mes de los frutos). El calendario republicano fue abolido en agosto de 1805 por Napoleón (*Enciclopedia Encarta*, 2002) (t).

se transformarían? La mutación hace emerger nuevos vivientes. ¿Cómo no va a bifurcarse nuestro tiempo con su aparición? ¿Cómo no va a cambiar la humanidad, bajo este impulso de evolución, si la muerte, el cuerpo y la vida cambian de rostro?

Estas muertes inesperadas y estas reproducciones nuevas suscitan un viento de «inmortalidad». Una utopía nueva nos arrastra. ¿Realmente nueva? Ya inspiraba las errancias del Gilgamesh, nuestro más lejano ancestro y, más adelante, las y los que domesticaron el buey y plantaron el trigo. ¿Condenamos las utopías? ¿Hemos construido alguna vez un futuro sin ellas? La utopía, al menos, no hace daño a nadie, pues ella desafía la muerte. Insisto, pues: sí, a las nuevas muertes se asocian sueños de «inmortalidad», nuevos y antiguos. ¿Se quejarán mis nietos de vivir sanos hasta más de ciento veinte años? Aunque se lo considere mortificante, con altibajos, heridas y curaciones, una mezcla in-analizable de imprevisible y de racional ¿no nos libera nuestra aventura caótica y contingente de la Necesidad?

## **HOMINESCENCIA**

Comenzada desde hace miles de años, en Sudamérica y en el Medio Oriente, mediante la domesticación de vegetales y de raros animales, la edad de la agricultura y de la ganadería se bifurca, pues, hoy con la invención de la ingeniería genética. Interveníamos fenotipos; de ahora en adelante, manipulamos su genoma. Misma intención, gestos diversos y a otra escala, hacia una dirección diferente: así, vivimos el final de una época y el ingreso en otra.

Pero ¿a qué llamamos precisamente nuevo? Acabo de dar ejemplos mayores de ello: dos muertes, literalmente inauditas, ciertos vivientes inconcebibles hace algunas décadas, la emergencia de un tiempo nuevo. Digamos, pues, nuevos acontecimientos que terminan una época, remitiendo a las circunstancias que

la abrieron y de donde ellos se derivan fuertemente. Las biotecnologías cambian nuestra relación con los vivientes y con su duración, la bomba atómica y la señal de apoptosis nuestras relaciones multimilenarias con la muerte. Tanto más decisivas que las épocas concernidas se alargan a veces hasta orígenes olvidados. Desde hace medio siglo, estas novedades se multiplican, hasta alcanzar un número, una diversidad y dimensiones lo suficientemente críticas como para que repercutan incluso sobre los hombres y las mujeres y produzcan, a la larga, una especie de hominización. Este libro tiene por objeto esos acontecimientos y sus consecuencias, la emergencia de lazos sin equivalente conocido con el cuerpo, con el mundo y con los otros.

Me parece que la humanidad franquea hoy una etapa en la larga duración de su destino contingente. Al final de mi vida, las mujeres, los hombres y los niños con quienes vivo, trabajo y pienso ya no mantienen respecto al mundo, a ellos mismos, a sus cuerpos y a los otros, la misma relación que mantenían sus predecesores de antes de la Segunda Guerra mundial. He tenido suerte: mi existencia me ha dejado ver la transformación de la condición humana. Yo puedo decir cómo y por qué. Aún no sé decir hacia dónde.

Comenzado en silencio hace millones de años, recientemente sometido a una bifurcación súbita y rápida, nuestro futuro vibra o se agita entre varias eventualidades, cuyos límites vacilan, como siempre en el proceso de hominización, entre liberación y catástrofe. Mezclamos constantemente una extrema violencia con una sabiduría rara. Hasta ahora, nos hemos beneficiado con mil azares, puesto que a golpes benéficos de ingenio, nuestra especie, contingente como todas, ha sobrevivido a sus depredaciones, pillajes y despilfarros, odios y guerras intra-específicas.

Pero, indudablemente, jamás habíamos dispuesto de medios tan eficaces y universales



para cambiar el mundo y cambiarnos nosotros mismos, el aire, contaminado o puro, la tierra, enmendable o desertizada, el agua, potable o envenenada, el fuego, energético o destructor, el clima global, nuestro entorno inerte y viviente, nuestros cuerpos individuales, las especies vivas en su conjunto, la función de descendencia, la ocupación de la tierra y del espacio, nuestras relaciones y nuestras colectividades, la vida o la muerte de las lenguas y de las culturas, el estatuto y la continuación de las ciencias, la cognición en general, la lucha contra la ignorancia y la pedagogía. Cada una de estas cosas y todas tomadas en conjunto, dependen de ahora en adelante de nosotros, comúnmente hablando. Si se lo compara con nuestros antiguos poderes, los que acabamos de adquirir cambiarán rápidamente de escala: pasamos recientemente de lo local a lo global, sin ningún dominio conceptual ni práctico de este último. Estas globalidades acaban de tomar otro rostro, práctico, concreto, casi al alcance de la mano. Todo depende de nosotros. Y por bucles nuevos e inesperados, acabamos nosotros mismos por depender de las cosas que dependen globalmente de nosotros. Ahí, riesgos y chances cruzan tan rápido como nuestra omnipotencia. He aquí, en suma, nuestra novedad: ella hace una suma, nosotros la encontramos por todas partes. Como eso no nos había pasado antes, no sabemos lo que debemos hacer con todos esos poderes; la filosofía que ellos requieren no ha terminado de nacer, vacila, vibra, tiembla, parpadea.

*Lo mismo que en la luminiscencia o la incandescencia, crece o decrece, por explosiones y ocultaciones, una luz cuya intensidad se oculta y se muestra trepidante por comenzar, aunque siempre lista a extinguirse; al igual que la adolescencia o la senescencia avanzan hacia la edad madura o la vejez franca regresando*

*ambas hacia las involuciones de una infancia o de una vida que lamentan pero que abandonarán pronto; lo mismo que la florescencia o la efervescencia, designan procesos por esta desinencia, llamada «incoativa», adjetivo que designa un comienzo, en este caso de floración, de borboteo o de emoción; lo mismo que una planta arborescente toma poco a poco la forma ramificada, el porte o la apariencia de un árbol... de igual modo un proceso de hominiscencia acaba de tener lugar por nuestra propia acción pero aún no sabe qué hombre producirá, magnificará o asesinará. ¿Lo hemos sabido alguna vez?*

Ese estadio de hominización lo llamo hominiscencia para marcar su importancia y, sin embargo, aligerarlo con respecto a otros grandes momentos, más decisivos; esta palabra suena como una especie de diferencial de hominización. Para pensarla, intento cavar bajo el tiempo de la historia, hacia aquellos que abren la biología y las ciencias exactas. Nuestros saberes humanos perderían al cortar con ellas. De hecho, no comunicamos solamente en ciudades o por preocupaciones económicas, políticas o culturales, sino que nuestros cuerpos viven también en el mundo en compañía de otras especies y de cosas. Inmersos ya en varios tipos de espacio, por nuestras redes de comunicación, nos sumergimos igualmente en varios tiempos, de los cuales algunos se cuentan en milenios o incluso, cuando se trata de evolución, en millones de años. Para comprender algunos acontecimientos actuales, volvámoslos a situar en periodos largos que nuestros padres evalúan mal. Al proponer este término de hominiscencia, intento aprehender las novedades que nos asaltan hoy bajo esta luz inmemorial.



Nosotros y nuestro mundo pasamos por una crisis de una preñez multimilenaria, sufrimos los dolores de un parto sin equivalente en lo que llamamos desde hace poco historia, quizá estemos pariendo otra humanidad. Nada que reclame más preocupación de nuestra parte que este advenimiento. El más ínfimo de nuestros pensamientos, el más humilde de nuestros actos dibujan hoy poco a poco, la silueta de esa humanidad y deciden en tiempo real cómo sobrevivirán las generaciones futuras. Cuando la bioética se pregunta, por ejemplo, lo que es humano o qué actos podrían considerarse humanos sin saber dar respuesta ¿ve ella que la humanidad se construye por la misma vía por la cual la biología, entre otras, no deja de hacerlo, día tras día, de manera arriesgada, a la vez heroica, entusiasta y trágica? Lo humano no hace referencia, lo construimos en el tiempo por nuestros actos y nuestros pensamientos, colectivos e individuales; abandonando su viejo estatuto de metáfora, la autohominización entra en práctica. Así, la ruta delante de nosotros no se parece a ninguna de las que la Historia ha trazado, de manera que ella no puede casi servirnos de apoyo: de ahí este libro que se sumerge en su tiempo, para retornar a veces. El término hominiscencia dice estas esperanzas mezcladas de inquietudes, estas emergencias, temores y temblores.

Otra angustia sin solución simple: este mismo acontecimiento ahonda una distancia entre los ricos en dinero, en cuerpo, en comida, en esperanza de vida, en hábitat, en democracia libre y en ciencia, quienes acaban de entrar en la "inmortalidad" de hace un momento, y los mortales -léase este nombre con su densidad de esperanza puesto que sólo la muerte da el sentido-, privados de todos esos bienes hasta el sufrimiento permanente, por una simetría sin compensación y, en parte, por culpa de los nuevos falsos dioses. El momento de hominiscencia obliga a resolver ese problema global bajo el riesgo de guerra total, o sea de muerte entonces plenamente universal.

La intuición que un tal ramillete de bifurcaciones produjo recientemente y que pedía, urgentemente, una reconstrucción de nuestras culturas y de nuestras filosofías, acompañó mi vida e ilumina este libro.

*Agen, julio de 1957,  
en la ruta de Chabarovsk-Archangelsk, 29 de  
octubre de 2000.*

*Traducción del francés: Jorge Márquez Valderrama*

*Transcripción y Correcciones:*

*Octavio A. Cifuentes Rodríguez*

*Escuela de Estudios Filosóficos y Culturales*

*Facultad de Ciencias Humanas y Económicas*

*Universidad Nacional de Colombia*

*Medellín, julio-septiembre de 2003*

*(La traducción integral de esta obra puede consultarse en la  
Biblioteca Efe Gómez)*



*Una paradoja se produce cuando una visión perspicaz  
colisiona con la estupidez de su siglo.*

*Karl Kraus*